

Una nota sobre la *Colección de poesías mejicanas*

A note about the *Colección de poesías mejicanas*

José Ramón Ruisánchez Serra
University of Houston
Department of Hispanic Studies-CLASS
jrruisanchez@uh.edu

En colaboración con:
Francisco Estrada Medina y Génesis Jezabel Guerrero
University of Houston

RESUMEN

Este artículo propone dos momentos de lectura de la *Colección de poesías mejicanas*, publicada en el año de 1836 en París. En un primer momento, se enfoca en el editor del volumen. Aunque su nombre no aparezca en ninguna parte del libro y los catálogos de las bibliotecas no lo indexen como tal, el lugar común es atribuirle a José María Luis Mora el papel de editor de la *Colección*. Sin embargo, tanto el texto como algunas cartas personales sugieren que el verdadero antologador fue José Bernardo Couto, mientras que el papel de Mora fue mínimo. En segundo lugar, y a partir del descubrimiento de anotaciones idénticas hechas a mano en los ejemplares del Fondo José Luis Martínez y de la Biblioteca Andrés Henestrosa, el artículo especula sobre la procedencia de dichas intervenciones a lápiz. La evidencia sugiere que, después del ascenso de la subjetividad liberal y de la firma en el texto como cimiento del pacto de lectura, un posible librero poblano realizó el esfuerzo por aclarar anonimatos en los poemas que creyó reconocer.

PALABRAS CLAVE

Colección de poesías mejicanas, José María Luis Mora, José Bernardo Couto, marginalia, subjetividad.

ABSTRACT

This article advances two different readings of *Colección de poesías mejicanas*, published in 1836 in Paris. First, it focuses on the editor and anthologist of this volume. Although his name does not appear anywhere in the book and library catalogs do not index it as such, it is commonplace to identify José María Luis Mora as the editor

of this *Colección*. However, both the text and some personal letters suggest that the true anthologist was in fact José Bernardo Couto, while Mora only had a minor role as an publisher. Secondly, based on the discovery of identical handwritten marginalia in the copies of the Fondo José Luis Martínez and the Biblioteca Andrés Henestrosa, this article speculates on the origin of said annotations in pencil. The evidence suggests that, after the rise of liberal subjectivity and that of the signature in the text as the foundation of the reading pact, a possible bookseller in Puebla during made an effort to clear up the anonymity of the poems he thought he had recognized.

KEYWORDS

Colección de poesías mejicanas, José María Luis Mora, José Bernardo Couto, marginalia, subjectivity.

Una descripción general

La *Colección de poesías mejicanas* fue publicada en el año de 1836 por la imprenta parisina de la Librería de Rosa. El gesto de hacer este libro nos parece le debe mucho, como condición de posibilidad, al cierre de la primera edad liberal y a la salida al exilio de su motor intelectual, José María Luis Mora. Vale la pena recordar que al triunfo de la revolución de Independencia le sigue un periodo de desesperante hiperestesia política, que sólo logrará cierta estabilidad con los ascensos al poder de Antonio López de Santa Anna.¹

Consideramos, entonces, que el deseo de orden, como principio centralizador y ordenador, se refleja en el libro. Su “Advertencia preliminar” reza así: “El deseo de dar a conocer la literatura mejicana de cuyos adelantos se tienen tan pocas ideas en Europa, ha impulsado al editor de este pequeño volumen a reunir en él, no las piezas de mayor mérito de los talentos poéticos mejicanos, sino las que han podido encontrarse casualmente en diversos diarios” (1).

Por supuesto, más que un método, lo anterior representa una confesión de precariedad. Y dado que, en realidad, no se cuenta con la totalidad del corpus poético mexicano, ésta no constituye una selección, una antología como entendemos el término hoy, sino, más bien, como la antología griega, fruto de los azares de la memoria y los caprichos arqueológicos, donde se trenzaron la destrucción mayoritaria y la con-

¹ Sobre esta época, además del libro ya clásico de Charles A. Hale, *El liberalismo mexicano en la época de Mora: 1821-1853*, la mejor fuente es *La invención de una legitimidad* de Elías José Palti, sobre todo por su intensidad teórica.

servación de unos pocos textos. Pero, al mismo tiempo, sin decirlo, se establece que ya es posible llevar a cabo este deseo.

En todo caso, proponemos que debemos conservar, precisamente, el aspecto precrítico del término *Colección*, en el sentido de acopio primero. Se trata de un trabajo preliminar que declara: esto corresponde a un archivo de lo que *habrá de ser* la literatura mexicana.² Aquí no tiene aún casi ningún espacio el gusto, pues el volumen esboza apenas un momento inicial, el de los primeros tres lustros de vida independiente. No debe leerse “precrítico”, empero, como un equivalente de “acrítico”. Aun cuando se renuncia a confesar cuánto placer estético causan los poemas (o incluso si lo producen), y en el mundo planteado por la *Colección* resulta inimaginable intentar siquiera un comentario ensayístico sobre los poemas o las poéticas que implican, sí se procura, en cambio, una primera taxonomía de los quehaceres de los poetas de la joven nación.

El libro, de 457 páginas en octavo, se divide en cinco secciones temáticas que dejan ver la matriz epistemológica desde la que se ordenan estos poemas:

1. Poesías eróticas.
2. Poesías descriptivas o del género ameno.
3. Poesías jocosas o del género satírico.
4. Poesías de género elegíaco y heroico.
5. Poesías filosóficas y sagradas.

La más robusta de todas es la cuarta, poesías de género elegíaco e histórico, pues a ella se le dedica el 40% de las páginas del volumen. Puede pensarse que ésta constituye una consecuencia directa de que aún la revolución de Independencia era un hecho reciente y, por lo tanto, el editor de este libro o los de las publicaciones que consultaba encontraban urgente sacar a la luz poemas de dicha índole.

Como la mayor parte de tales composiciones se olvidaron cuando a la colección la sucedió el recorte que siempre está implícito en la cristalización de un canon, resulta necesario citar algunos ejemplos del contenido de cada sección. Comenzamos con la “Marcha compuesta por una dama para cantarse en la función con la que la sociedad de amigos del país celebra, la noche del 16 de septiembre el aniversario del glorioso grito de independencia”:

Mejicanas amables y lindas
Hoy es día de la patria, entonad

² De hecho, como ha probado de manera irrefutable María Guadalupe Correa Chiarotti, la *Colección* se convierte en una de las fuentes fundamentales para la *América poética* de Juan María Gutiérrez y, por ende, cumple con ese cometido.

Dulces himnos a Hidalgo, y laureles
A su tumba con rosas llevad.

De un guerrero la audacia inaudita
Mil peligros le induce a arrostrar;
Y de aurífera sed conducido
Desembarca en el río Anahuac [*sic*].

A partir de ese momento, la “Marcha” emprende un recorrido histórico por el pasado:

A su aspecto del gran Moctezuma
La diadema se ve vacilar,
Y siniestros augures pregonan,
Que ha llegado su ruina fatal (259-60).

Recala en la estrofa inicial “Mejicanas...” como apoyo rítmico, pero también como elipsis del corte epocal. De Cortés al virreinato (“tres siglos de luto”), para regresar a Hidalgo en apoteosis. Es importante señalar que la amplitud de la sección no se debe a que los poemas sean mucho más largos que las anacreónticas y fábulas de las otras. Asimismo, cabe recordar que, al mezclarse aquí toda clase de elegías, no todas las composiciones cantan a Hidalgo o a Allende, también hay una, por poner un ejemplo, dedicada al padre Navarrete, el más insigne pastor de la Arcadia:

Venid, y el llanto doloroso sea
Nuestro consuelo.
Venid, zagales del parnaso indiano,
Y en vuestros himnos perpetuad su nombre:
Haced que al tiempo su memoria exceda,
Arcades nobles (357).

Finalmente, en otros casos, se trata de imitaciones y traducciones, aquí de Horacio y Lamartine, lo que, como se verá más abajo, es común en el resto del volumen.

El siguiente género, en cuanto a representación, corresponde a aquel que el compilador llama “descriptivo o ameno”, y ocupa aproximadamente el 23% de las páginas de la *Colección*. Para darnos una idea de este tipo de poemas, cabe mencionar que, si bien todos son distintos, tres se titulan “La despedida”; dos, “La ausencia”; y tres versan sobre diferentes estaciones del año. También aquí se incluye la traducción de un poema de Jean-Jacques Rousseau, a quien hoy casi no recordamos como poeta. Copio un fragmento de uno que no carece de gracia, la letrilla, “La lectura fastidiosa”:

Mi padre pensaba
(Es un pobre viejo)
Que cuando él leía
Yo estaba atendiendo...

Ya se ve... era justo;
No me aparto de eso,
Y así yo lo hacía
Allá en otro tiempo

Mas tengo veinte años
Poco más o menos
Y si hablan de afuera
Me llaman de adentro

Cualesquiera sabe
Dónde iré primero,
Si al padre que lee
O a mi mismo pecho.

Yo no tengo arbitrio
Ni hacerme dos puedo
Acudo a natura
Que no deja medio (145-146).

La gracia de la rima y el verso de arte menor, utilizados para habitar un espacio íntimo de índole reflexiva al que dinamiza una mínima progresión narrativa, no rechaza el colorido de un suave sentido del humor, pero no llega de manera abierta a lo cómico de lo “jocoso” que caracteriza al “género satírico”, donde priman epigramas y, sobre todo, fábulas burlescas. Citamos un ejemplo breve:

Solo con una bacía
Labró un hombre su fortuna.
Y sin instrucción alguna
Buen empleo tiene en el día.

No hay, Fabio, que extrañar
Porque enseña la experiencia,
Que posee la mejor ciencia
Quien tiene la de afeitarse (212).

Nos parece valioso confrontar los dos poemas. Mientras que en el primero vemos ya rasgos de un protorromanticismo —en particular, si entendemos el romanticismo no como la poesía del yo, sino como la de la *escisión* del yo—, en el segundo prima el

rasgo característico de los poemas “satíricos”: todo es trabajo de exterioridad. Descripción de agudezas más que inscripción de oscilaciones, lo cual no quiere decir, empero, que este último género carezca de importancia. El ingenio que lo cimienta pervivirá en la canción, en la poesía oral popular (incluida su reinención escrita, por ejemplo, en Guillermo Prieto), y renacerá, bastarda, en la publicidad. No obstante, después de esta primera aparición, dicha forma literaria, así como el autor José Joaquín Fernández de Lizardi, su principal y más aventajado representante, serán expulsados del Parnaso poético.

En tanto que el género satírico ocupa el 15% del espacio de la selección, el erótico (referido a lo amoroso y no a lo sexual) aparece apenas más pobre, con el 14%. Hoy esto parecería contraintuitivo, pero ayuda a confirmar lo que escribió Luis Miguel Aguilar en su imprescindible libro *La democracia de los muertos*: los poemas verdaderamente íntimos son, en realidad, el patrimonio de una época muy posterior: el Porfiriato. Antes domina, más bien, el ámbito público y las colectividades (108-109). Esto, desde luego, no favorece siquiera los matices más pálidos del erotismo, lo que tenemos es un rosario de tópicos:

Colocó el amor
Sus mejillas suaves
Su talle ligero
Su boca de rosa
Suavísimo aliento
Su pequeño pie
Su aspecto risueño... (17)

Queda por decir, finalmente, un par de palabras sobre la sección más breve, dedicada a lo que el compilador llama poesías filosóficas y sagradas, a las que les consagra poco menos de la mitad del espacio que asigna a cada una de las secciones anteriores, el 7.3%. La mayor parte de estos poemas son traducciones, versiones de salmos o “evocaciones” del Evangelio realizadas en diferentes metros habituales de la lírica castellana, aunque con frecuencia incurran en el ripio:

No con tu fuerte mano me destruyas;
Ni traspases con flechas mi costado;
No me increpes airado,
Ni con furor me arguyas;
Mira todos mis huesos quebrantados
Con el peso, Señor, de mis pecados.

De mi mucha maldad la cuenta larga
Sobrepuja y oprime mi cabeza:

Me agobia la tristeza
Como pesada carga:
Errores que mis manos cometieron
Las llagas de mi cuerpo corrompieron (432-33).

No es una versión inepta del salmo de David, también conocido como “Oración de un penitente”, ya que la silva le da flexibilidad a sus rimas consonantes y no traiciona el sentido del texto original.

Las firmas faltantes

Con lo antes expuesto, ofrecimos una idea general del libro y de sus partes, pero guardamos, hasta el momento, algunos datos que resultan imprescindibles. Al menos para nuestros días de narcisismo irrefrenable, parece curioso que el libro no esté firmado por su compilador. En su artículo pionero sobre la *Colección*, José Luis Martínez la atribuye a José María Luis Mora y señala que el propósito era semejante al de su obra histórica; además, advierte que la misma Librería de Rosa publicó su obra central *México y sus revoluciones* y sus *Obras sueltas* (104-105). Asimismo, sabemos que la principal fuente de donde provienen los poemas es el semanario del propio doctor Mora. *El Observador de la República Mexicana* (1827-1830) fue una publicación periódica en la que se editaban, en especial, ensayos políticos, acompañados —con mucho menos protagonismo— por poemas, fragmentos literarios y pequeños artículos científicos. Con alrededor de 30 páginas en cada uno de sus números, este semanario, que aparecía cada miércoles, representó una de las voces de la logia masónica escocesa “en un momento en que la posición de yorkinos y escoceses se mostraba abiertamente opuesta, situación que más adelante provocó la suspensión de la publicación” (Castro y Curiel: 299). De acuerdo con la descripción de este semanario hecha en el catálogo *Publicaciones periódicas mexicanas del siglo XIX* (1822-1855), José María Luis Mora, Francisco Manuel Sánchez de Tagle, Félix Molinos del Campo, Florentino Martínez y Manuel Crescencio Rejón fueron los principales redactores de *El Observador*.

Las secciones accesorias “Ciencias” y “Literatura” complementaban a las principales “Política” y “Censura pública”, en las que Mora, influido por pensadores como Benjamin Constant y Jeremy Bentham, abogaba por la libertad de prensa y por un poder judicial independiente en México (Hale: 108). En apenas un cuarto de página, la sección “Ciencias” cerraba el semanario, la mayoría de las veces, con mediciones meteorológicas de la Ciudad de México, aunque Hale afirma que también se publicaban, de manera azarosa, artículos “sobre la preservación de carnes, las momias o el cultivo del cacao” (171). En realidad, lo que nos

importa aquí es la pequeña sección de literatura, que ocupaba una o dos páginas por número. Poemas patrióticos o de corte clasicista, la norma era que los textos no aparecieran firmados con nombre y apellido, sino que sólo cerraran con una o dos iniciales. Sin conferirle una precisión absoluta, la descripción de *Publicaciones periódicas mexicanas* entrega pistas sobre la posible autoría de estos textos: “Algunos colaboradores firmaban con las iniciales “T” [José María Luis Mora], “F” y “Z” [Francisco Manuel Sánchez de Tagle] y con las letras “J”, “S”, “A”, “R”, “O” y “M”, que según el Catálogo de seudónimos corresponden a José María Rivera” (Castro y Curiel: 299).

La omisión de la revista pasa también al libro. Esto es, no sólo no firma su texto el prologuista, sino que quedan sin identificar muchos poemas que, en palabras de Martínez, son:

de autores cuyos nombres aparecen muy pocas veces al pie de sus composiciones, pero que pueden identificarse ya que se deben a poetas conocidos de la época: Quintana Roo, Sánchez de Tagle, Barquera, Ortega, Castillo y Lanzas, Pesado, Carpio y Couto, y, si creo en las anotaciones que tiene el ejemplar que poseo y cuyo dueño precedente se tomó a la tarea de aclarar anonimatos: de Gorostiza, Orozco y Berra, Alarcón, Rodríguez Galván, Sartorio, Pérez Salazar, Lizardi, Morales, Alpuche, Navarrete, Heredia, Lafragua y aun de doña Leona Vicario y de doña Josefa Ortiz de Domínguez, poetisas a lo que parece (105).

Debo decir que, cuando leímos por primera vez estas líneas, el gesto llamó nuestra atención: que un lector anotara con lápiz los nombres de los autores de los poemas que (re)conoce o, como se verá un poco más adelante, cree reconocer.

José María Luis Mora o José Bernardo Couto

Haber localizado la procedencia de algunos poemas de la *Colección* nos permite hacer preguntas sobre la posible mano que reunió estos textos y quizás esbozar premisas en torno a los criterios o métodos de selección. Aunque su nombre no aparezca en ninguna parte del libro y los catálogos de las bibliotecas no lo indexen como tal, la estrecha colaboración en esos años con la Librería de Rosa, además de algunas de sus cartas personales, nos indican que el editor de la colección fue, sin duda, José María Luis Mora, como señaló Martínez. Sin embargo, aunque usualmente ambas figuras sean encarnadas por la misma persona, hay una leve distinción entre el editor y el antologador de un volumen.

El doctor Mora, uno de los principales artífices del liberalismo político mexicano (Hale: 74), principal asesor del presidente Valentín Gómez Farías, salió del país para exiliarse en París a finales de 1834. Mientras sufría las condiciones ma-

teriales nada ventajosas de su destierro, firmó un contrato editorial con la Librería de Rosa, propiedad de Frédéric-Guillaume Rosa, quien sostenía una red de negocios con el librero mexicano Mariano Galván (Suárez: 88). Mora, entonces, se dedicó a reunir y editar su propia obra en los dos proyectos antes mencionados: *México y sus revoluciones* (3 tomos, 1836) y *Obras sueltas* (2 tomos, 1837). En comparación con estos dos títulos, la *Colección de poesías mejicanas* (1836) y la *Colección completa de las fábulas del doctor García Goyena, hijo de Centro América* (1836) han recibido menor atención crítica.

En su notable ensayo “Mora en París (1834-1850)”, Rafael Rojas afirma —aunque no queda claro de dónde obtiene esta información— que José Bernardo Couto le envió a Mora los manuscritos de esos últimos dos libros (30). Discípulo de Mora, Couto mantuvo una correspondencia con él cuando su amigo se encontraba exiliado. Rojas incluso llega a declarar que Couto fue “el antologador” (31) de la *Colección de poesías mejicanas*. Más que una tarea intelectual o un ejercicio estético por parte de Mora, la publicación de este libro constituyó una necesidad, un intento por sobrevivir al destierro: “Esta empresa editorial [...] fue para Mora un medio de subsistencia económica en el exilio y, a la vez, otra forma de contribuir a la preservación de la red letrada del liberalismo mexicano” (Rojas: 30). En realidad, la labor del doctor Mora en la *Colección* fue mínima; además de redactar una pequeña introducción de menos de tres páginas, su papel se centró en cobrar por los servicios, así como en intentar vender algunos ejemplares en México.

Es cierto que la hipótesis de Couto como antologador se sostiene casi únicamente en la palabra de Rojas, pero si nos acercamos a la antología desde dicha premisa, el texto también comienza a apuntar hacia ese mismo camino. De los 109 poemas del libro, la edición original sólo reconoce la autoría de ocho. El nombre de Couto, que, vale destacar, inaugura la colección con los dos primeros poemas, aparece el mayor número de veces: tres. Además, si Mora declara en el prólogo que quiere “dar a conocer la literatura mexicana, de cuyos adelantos se tienen tan pocas ideas en Europa” (2-3), es extraño que no se haya dado a la tarea de poner al calce de cada poema el nombre de sus autores. Sin embargo, sí le regala a su lector algunos nombres en el prólogo.

Es posible suponer que Couto y Mora tenían una idea más o menos clara de los autores que estaban incluidos en su colección —por eso mencionan sus nombres en la pequeña introducción—, pero que no podían ligar con precisión cada uno de los poemas con su respectivo autor. Si la mayoría de los textos se tomaron de *El Observador* y de otras publicaciones periódicas, es perfectamente comprensible que ninguno de los dos recordara qué seudónimo —de una sola o dos letras— usó tal o cual colaborador en un rotativo que había comenzado casi diez años atrás.

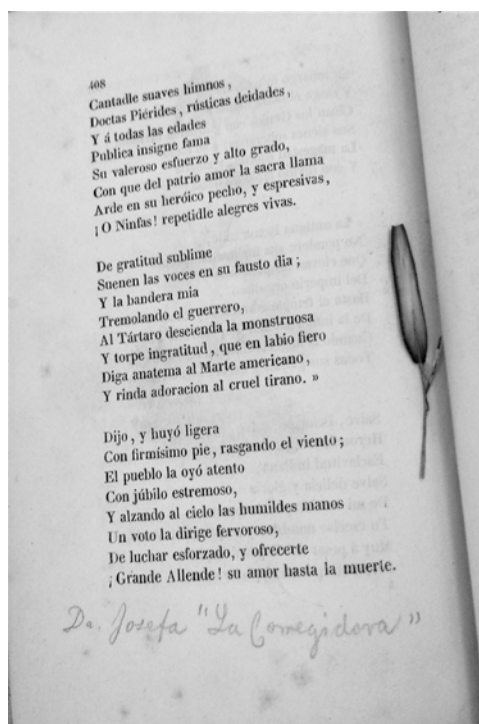
Mi descubrimiento

A partir de aquí, cambiaré del tono puramente expositivo a la narrativa en primera persona, porque en este punto la investigación se convierte en historia. Cuando la Biblioteca México adquirió los libros de Martínez, antes de que Francisco Estrada Medina y Génesis Jezabel Guerrero se incorporaran a este trabajo, sentí el deseo de examinar su ejemplar anotado de la *Colección*. Tuve que aguardar, claro, a que estuvieran clasificados y disponibles para la comunidad de investigadores. Por una serie de casualidades imprevisibles y antes de lograr consultar el Fondo José Luis Martínez de la Biblioteca México, visité la Biblioteca Andrés Henestrosa en Oaxaca, donde encontré dos ejemplares de la *Colección*. Más interesante: uno de ellos estaba, como el que describía Martínez en su artículo, anotado por su lector.

Esto indicaba que, en algún momento del siglo XIX, se había gestado la necesidad que, hoy, los lectores del siglo XXI y, desde ayer, los del XX sentimos ineludible: conocer la identidad del autor. La firma es cimiento maestro del imperativo epistemológico que posibilita garantizar el cierre del pacto de lectura. El hecho no resulta trivial, pues es un rasgo que nos permite contribuir a una arqueología, digamos, del ascenso de una subjetividad liberal, que se va volviendo más nítida que la del primer tercio del siglo. El lector primero del ejemplar de la Biblioteca Andrés Henestrosa, como ya lo habrán adivinado, no sellaba las posesiones de su biblioteca con exlibris y tampoco indicó la fecha en la que leyó y anotó este volumen. Había, sin embargo, corregido cuidadosamente varias erratas; asimismo, en ocasiones, se limitaba a precisar de manera lacónica “Lizardi” o “Carpio” en el espacio entre el calce del poema y la viñeta que completa la página, y en otras, sus anotaciones son más elaboradas, como: “Quintana Roo. Esta composición en verso libre es única en su género en la lira mexicana”.

Mientras revisaba el ejemplar de la Biblioteca Andrés Henestrosa, un dato llamó mi atención especialmente: el lector atribuía el primer poema que cité, aquel que interpela a las “Mejicanas amables y lindas”, a doña Leona Vicario, y otro más, a doña Josefa Ortiz de Domínguez, la Corregidora. Entonces, me di cuenta de que ese dato, con la atribución de un poema a la Corregidora, ya lo había leído en otra parte. Aparece, como se puede ver arriba, en el artículo de José Luis Martínez.

En la Ciudad de México, examiné seis ejemplares diferentes de la *Colección*. Existe uno en el Instituto Mora con el exlibris “José Ignacio Ende D.R.”; otro en la Biblioteca Nacional de la Universidad Nacional Autónoma de México, que, por cierto, no se encuentra en el Fondo Reservado; en la Biblioteca de México, se conservan cuatro ejemplares de la *Colección*: tres que fueron de Antonio Castro Leal; y, finalmente, el que perteneció a José Luis Martínez.



De tal modo, pude cerciorarme de que no sólo las notas en los ejemplares de los fondos Martínez y Henestrosa son rigurosamente iguales, sino que, además, se deben a la misma mano. Esto, por supuesto, nos ha llevado a revisar mi hipótesis original de que existió un lector-Martínez y un lector-Henestrosa, lo cual nos interesaba porque entrañaba la posibilidad de confrontar prácticas semejantes de recepción de la literatura durante el siglo XIX.

Ahora, si bien habíamos perdido a uno de los dos lectores, esta actividad concienzudamente repetida en quién sabe cuántos ejemplares (seguimos revisando los que existen en los fondos públicos del mundo), acaso un librero, intuyendo un cambio de gusto entre sus lectores, se puso a “mejorar” los ejemplares que ofrecía. Incluso, es posible que tengamos una pista sobre la identidad de este librero. El ejemplar-Martínez, además de sus cuidadosas notas compulsando las afirmaciones del primer lector de su libro y una flor prensada, tiene adherida en la guarda una estampa que reza:

EN LA LIBRERÍA POBLANA de José B. Pascal. 2a calle de Mercaderes no. 6
Se encontrará siempre un surtido completo de obras escogidas sobre religión, historia, literatura, ciencias y artes, etc., etc.

Podría tratarse de alguien que vendió el libro ya usado, marcado por otro colega suyo, pero el leve énfasis en la región que muestra la nota: “Dr. Guadalajara, poblano de origen”, me hace pensar que no fue así. Y que, en efecto, si alguna vez logramos encontrar al librero que marcaba sus libros a lápiz para que se vendieran mejor, habrá que concentrarse en Puebla, en esa librería hoy desaparecida.

Bibliografía

AGUILAR, Luis Miguel

La democracia de los muertos: ensayo sobre poesía mexicana, 1800-1921. México: Cal y Arena, 2001.

CASTRO, Miguel Ángel y Guadalupe CUIEL (coordinadores)

Publicaciones periódicas mexicanas del siglo XIX (1822-1855). México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.

Colección de poesías mejicanas

París: Librería de Rosa, 1836.

CORREA CHIAROTTI, María Guadalupe

“Revistas mexicanas decimonónicas en la *América poética*”, en *Literatura Mexicana*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, volumen XXIV, número 2 (2013), 7-29.

HALE, Charles A.

El liberalismo mexicano en la época de Mora: 1821-1853. México: Siglo XXI, 1972.

MARTÍNEZ, José Luis

La expresión nacional. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993.

El Observador de la República Mexicana

Consultado en: <http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/verDescripcionDescarga/558ff9397d1e3252308614d2.pdf> [20/08/18].

PALTI, Elías José

La invención de una legitimidad: razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX. México: Fondo de Cultura Económica, 2005.

ROJAS, Rafael

“Mora en París (1834-1850). Un liberal en el exilio, un diplomático ante la guerra”, en *Historia Mexicana*. México: El Colegio de México, volumen 62, número 1 (julio-septiembre de 2012), 7-57.

Una nota sobre la *Colección de poesías mejicanas* |————

SUÁREZ DE LA TORRE, Laura

“Tejer redes, hacer negocios: la Librería internacional Rosa (1818-1850), su presencia comercial e injerencia cultural en México”, en Lise Andries y Laura Suárez de la Torre (coordinadoras). *Impresiones de México y de Francia. Edición y transferencias culturales en el siglo XIX*. París/México: Maison des Sciences de l’Homme/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2009, 87-114.

